

# Baile de máscaras

Por Francisco AYALA

Dibujo de Leonel GÓNGORA

—Mira, Pascualín, hijo mío, encanto; escúchame: ya vas siendo grande, y es hora de que empieces a salir del cascarón. Todos me lo repiten, que debo de darte alas. Me lo dicen para fastidiarme, ya lo sé; pero de cualquier manera no deja de ser cierto, y yo lo veo sin que nadie me lo tenga que decir. “Señora, ese niño ya está muy crecido, y usted no se decide a destetarlo.” ¡Qué chiste! ¡Se creerán que tiene gracia! Ni tan crecido. Claro, como te ven gordito y hermoso, no se dan cuenta de que, en el fondo, sigues siendo una criatura todavía. Envidia, y ganas de fastidiar, lo sé demasiado bien; pero, de todos modos, bueno será que aprendas a moverte por el mundo; yo voy ya para vieja, y un día u otro... ¿Tú qué dices, nene?

—Mami, yo no digo nada.

—Ven, ven por acá, mira qué sorpresa te tengo; mira qué disfraz tan lindo te he preparado. De pierrot. Va a ser tu primer baile de máscaras, y tienes que ir muy bien vestido. ¿Ves tú?: de seda. Precioso, ¿no? Es precioso. Para que la gente se vuelva a mirarte, y tu pobre madre oiga los comentarios... Todavía no te lo pongas. Primero, a comer. Bebe ahora tu vaso de leche, y mastica bien la carnicita, ¿oyes? Las vitaminas, por Dios, que no se olviden con la prisa. Luego, luego, nos vamos para el baile. Aquí tengo las entradas.

—¿Cómo no habías de protestar tú? Tú siempre protestando. Y la culpa es mía; la culpa me la tengo yo, que nunca terminé de aprender contigo. Contigo, la única forma es decir a todo amén. Se te había metido en la cabeza que tenía que ser el Casanova; lo que no sea el Casanova, para ti no vale nada. Y yo te garanto... Tengo la seguridad de que el Casanova ha de estar irrespirable en un día como hoy. Por querer hacer las cosas, uno, con buenísima voluntad...

—Pero, querido, si ya lo sé; si yo no te echo la culpa de nada; si yo no digo nada. Tú creías que el Casanova iba a estar irrespirable, okay; y me traes aquí, a Eldorado, que está irrespirabilísimo. Eso es todo; yo no me quejo.

—Pues imagínate, si esto está como está, cómo estará el Casanova.

—No veo por qué. Además, ¿no te he dicho ya que okay?

—En un baile de máscaras tiene que haber gente, me parece a mí. Si no hay gente, ¿qué baile de máscaras es ése, entonces?

—Okay, te repito.

—No, pero si no es cuestión de decirme okay. Hemos venido a divertirnos, ¿no es eso? ¡Creo yo! Y no es poco lo que piden por la entrada, para que, encima, andes con la jeta caída. Okay, okay.

—¡Por fin! ¡Ay, Señor, gracias a Dios que te encuentro, vida mía! Hasta con ganas de llorar estaba ya; no podía encontrarte. Tanto buscar, y no podía dar contigo. Claro, en este barullo... ¿Dónde te habías metido? ¿O es que a lo mejor llegas ahora mismo? Capaz serías. Tú llegas ahora, no me digas que no. ¿Por qué te has retrasado tanto?

—Pues, ¿y aquél pierrot gordote, siempre con la vieja a sus talones? Parece un flan.

—Fíjate, fíjate aquella mascarita, qué ingeniosa; aquélla, allí; la que parece que anda hacia atrás. ¿No la ves? Parecería que caminara de espaldas; da la impresión. Pero no es que camine de espaldas, fíjate bien; es que se ha disfrazado así: la careta en el occipucio, y por delante de las narices una melena larga, que apenas si la dejará ver. Qué interesante, ¿no? Y lo mismo la ropa: se ha vestido lo de atrás por delante, y lo del pecho a la espalda. ¡Vaya broma! Cuando no le ves los pies es igual que si anduviera para atrás. Mira, mira: ahora se pone a bailar con el soldado romano de las piernas peludas. Un poco indecente resulta la cosa, pero divertida. Sugestivo, ¿no?; pero en el fondo, ¿qué? Después de todo, nada.

—¡Qué suerte, qué felicidad, bien mío, haber podido escaparnos los dos solitos, con estos disfraces tan iguales! Mi pierrot y tu pierrot. ¿Cuántos pierrots habrá aquí? Infinitos. Una pareja más de pierrots, eso es lo que somos nosotros. ¿Quién va a

reparar? Y ahora, aquí, en este rincón, solos, solitos, solititos en medio de tanto sinvergüenza y tanto loco. ¿Te das cuenta? Tenemos tres horas completas para no pensar en nada más que en esta felicidad de estar juntos, sin que nadie nos moleste, durante tres horas.

—Sí, encanto mío, aquí solitos tú y yo. Durante tres horas completas. Hasta me parece imposible; es un sueño. Dame, dame la mano, acércate bien, no te separes, no me hables, no me toques tampoco. No, ahora no; abrázame nada más. ¿Qué nos importa quién pase por delante de nosotros, quién mire o vuelva la cara? Nadie puede conocernos. Estamos solos en el mundo, ¿verdad, tesoro mío? Podrían pararse ahí enfrente tu mujer y tus hijos, mi padre, mi madre y toda mi gente: ¿qué importaría? Nadie iba a adivinar que estas dos mascaritas, estos pierrots tan cariñosos, éramos nosotros. ¡Cómo te quiero!... Pero no me toques ahora; no puedo, tú sabes; luego, un poco más tarde.

—Adiós, odalisco.

—Aquí, uno se cae, y ya no hay quién lo levante del suelo. Dicen: “Está borracho”, y pasan de largo. “Un borracho”, y lo dejan a uno tirado debajo de la mesa. Pero ¿qué más me da



a mí eso? Ni eso, ni nada. Yo me río del mundo, sus pompas y vanidades. Todo me trae sin cuidado. Si el piso es de madera, también mi espalda y mis piernas, y mi cabeza, son de madera. De madera es la pata de la mesa, tan barnizada, reluciente, abajo fina, más arriba contorneada, en lo alto cuadrada bajo el pliegue del mantel; y a su lado, de madera parecen esas dos piernas de mujer, extendidas, cansadas, saliendo de unos muslos que asoman por debajo de la falda. ¿De mujer, o de vieja? De una vieja asquerosa; de una viejona, seguramente. Los pies se le han escapado de los zapatos y de vez en cuando estiran los dedos, empujándose hacia arriba, dentro de la puntera de la media, como la colita de un animal torpe. Más allá, otros pies, muchos pares de pies, pasan persiguiéndose al compás de la música; pies de mujer y pies de hombre; pero éstos aquí, éstos que mueven de vez en cuando los dedos a la altura de mi cabeza, cansados ya, pertenecen sin duda a una vieja que —apostarí yo— no se ha quitado el antifaz. Se sacó los zapatos, pero el antifaz lo tendrá bien encajado, para que no se vea que es una vieja repulsiva la dueña de esta mano que, ahora, llena de sortijas, percutida, con manchitas color de hoja seca, pero eso sí muy cargada de anillos, ha descendido y se rasca perezosamente el muslo izquierdo, dejando en el pellejo unas señales amarillas, como si me rascara a mí la calva; mientras que yo, pobre de mí, ya que nadie acude a levantarme del suelo, me duermo, me duermo, me duermo, me duermo.

—“Ahora van a ver todos éstos quién soy yo” —dije entonces. Se pensarían ellos que yo no soy hombre para eso, y para mucho más.

—¿Por qué me has traído aquí? No debíamos haber venido aquí. Me gusta, sí; pero tengo miedo. Temo que algo va a pasarnos. Tú... Cada vez que pienso que podrías desaparecer, de pronto, en medio de toda esa multitud... ¿Para qué has tenido tanto empeño en traerme? Y en hacerme beber tanto? Si sabes que me hace daño, si te lo tengo dicho y redicho, que yo enseña me mareo, me descompongo, me siento mal, y ya no soy más yo...

—Bueno, ahorita nos vamos. Anda, vámonos. Te llevo para otra parte.

—Muy tonto es lo que es este niño.

—Como comprenderás, ya no podía más. Hace calor y más calor; hace un calor insufrible. Y ¿de qué valía que me quedara allí, velando junto al cadáver, cuando no hay quien aguante ya los olores? Ya sé que tendré que arrepentirme toda mi vida; pero, hija mía, tú eres mi amiga; tú tienes que comprenderme y compadecerme. Y si no, que te zurzan.

—Ustedes, muchachos, no saben nada de nada; ¡qué van a saber! Están criados como señoritas, en el mayor regalo, y no pueden figurarse siquiera lo que es la vida de un viejo lobo de mar. Digan, jovencitos, ¿por qué no me piden que les cuente los peligros, las tempestades, las batallas? Sólo les interesa oír la historia de mi noche de bodas, que la he contado ya no sé cuántas veces. Se regodean con eso.

—Pero es que yo no la he oído nunca. Ni éste. Ni éste. ¿Tú la has oído alguna vez, odalisca? Tampoco. ¿Ve? La odalisca tampoco la ha oído. Anda, cuéntela, mi sargento.

—Si no tiene nada de particular, idiotas. La contaré, pero no tiene nada de particular. Fue una boda excelente. La cosa había empezado como de costumbre: “¿Tú me quieres?” “No digo que no.” “Bueno, pues entonces vamos a casarnos.” La ceremonia estuvo muy bien. Fueron padrinos el capitán y su señora. Hubo banquete, en un café que tiene salón-comedor independiente, cerca del puerto. Comimos de todo, con abundantísimo vino, y licores de postre. Y cuando el capitán dijo que, lamentándolo mucho, tenía que ausentarse, yo levanté la reunión. “Andando”, le ordené a mi esposa, y nos fuimos para casa entre las cariñosas ovaciones de los convidados.

—¿Y luego?

—Llegamos, y ya pueden suponer. La casa estaba sola, claro está. “¿Qué hacemos?”, le dije a ella. Y ella me contesta: “Pues lo que tú quieras.” Yo propuse echar una partidita de cartas.

—¿Una partidita de cartas?

—Una partidita de cartas.

—¿Los dos solos?

—Los dos solos. En la casa no había nadie. Conque nos pusimos a jugar, y jugamos un buen rato.

—Y así fue como se pasaron ustedes la noche de bodas.

—No, tonto; porque a poco empecé a calentarme yo, y me levanté de pronto para tirarle el zarpazo; pero ella, que me vio las intenciones, se alzó también de su silla y empezó a huirme

alrededor de la mesa. ¡Qué miedo que tenía! Decía que yo abandonaba el juego porque había visto que ella iba ganando. Corría y saltaba; yo no podía pillarla. Se escapaba, riendo, alrededor de la mesa, y yo no conseguía echarle el guante.

—Pero al final pudo agarrarla.

—¿Qué revolcón le di, muchachos! “Deja, no seas bestia, espera, que me vas a romper el vestido”, me decía. “¿El vestido? Sí, sí, Aguarda y verás.”

—Pero, Pascualín, criaturita, ¿qué haces aquí tú, hijo de mi corazón, escuchando disparates?

—Déjelo, señora; no se preocupe. Ya es un hombrecito.

—Y usted un grosero. Vamos, vámonos de aquí, angelito mío.

—¿Y adónde quieres que nos vayamos, mami?

—Adonde no oigas esas cosas, nene.

—Pero es que...

—Te lo tengo muy dicho. Debes tener cuidado de con quién te juntas. Tu pobre madre siempre se ha desviado por procurarte buenas compañías, y tú... Baila, nene; saca a bailar a alguna mascarita decente; baila un poco, que el ejercicio te hará bajar algo de peso, para que no te llamen todos gordinflón, los muy envidiosos. ¿Ves aquella niñita vestida de pastorcilla? Pues con ella podrías bailar. Anda, ámate. ¿No quieres que me acerque yo a pedirle que baile contigo?

—Pero si sabes que no me gusta bailar, mami, y ni siquiera sé.

—Pues hay que aprender, hijo.

—¿Crees que no me he dado cuenta, pendón? Eso demuestra lo que tú eres: un verdadero pendón, una porquería humana, una basura, lo más arrastrado que pueda haber en el mundo. Me he dado muy bien cuenta, pedazo de carroña. Con una mano toquetéandome a mí por dentro de la ropa, y con la otra, con mucho disimulo, haciéndole la cochinateda a aquella especie de estantigua. ¿Quién era?, que si llego a echarle la garfada... Pero, no; buena prisa se dio a escurrirse como una anguila, a escabullirse como una lagartija, apenas se percató de que yo no me estaba chupando el dedo. No sé ni cómo no te mato, basura humana, mierda. ¡Qué asco! Déjame que escupa, que vomite; ¡qué asco! Con una mano a mí, y mientras tanto, con la otra...

—A los menores de edad no se les expenden bebidas alcohólicas, por más que se presenten disfrazados de pierrot. Está prohibido, ¿sabes, mocoso? Y si vuelves a sacarme la lengua, te...

—Pero, señor, si lo que yo le he pedido es un heladito de fresa. Usted no me insulte.

—¿Qué tipo, ese sargento, no! ¡Qué bárbaro! ¡Ay! ¿te imaginas un hombrón así?

—No me digas, chico. ¡Mujer suertuda, la esposa!

—¿En qué terminó lo del sargento, muchachos?

—Tu mamina querida no te dejó escuchar lo mejor del cuento.

—De mi madre no consiento yo que nadie hable mal; no lo consiento, y basta.

—Pero, pedazo de pierrot, ¿quién...? Mira, anda, vete con tu mamina, y no me hagas desbarrar. Caramba, muy tonto es lo que es este niño.

—Estaba empeñado el muy burro en darme por donde no es; pero yo, claro está, no me dejé; qué se ha creído. No me dejé, qué va. Que se lo haga a su santa madre, si gusta.

—No te enfades; tú enseguida te enojas. Pero la verdad es que aquí la atmósfera está demasiado cargada. Nada sería el humo del tabaco, las ventosidades, sino que a eso se une el olor de tantísima vomitera. De modo, querido, que si no tomas a mal...

—Okay.

—¿Qué belleza, Dios mío; qué fascinación! Todo lo que siempre arrebató mi fantasía de niña; todos mis juguetes: piratas fieros, arlequines, marineritos, un gallo, mosqueteros, damiselas, arlequines, pierrots, gatitos y gatazos, aquel fraile tan cómico, apaches, apachas. Y ahora esta odalisca, esta encantadora odalisca, que de improviso se ha lanzado a ofrecernos la danza de los velos. ¿No es maravilloso? Viéndola evolucionar con tanta gracia, saltar y contraerse como una llama viva entre las brumas de sus tules celestes, dorados, rosa, bajo esta luz suave como rayo de luna, ay, a nadie me atrevería a confesárselo; pero yo, que todavía no he besado labios ningunos, daría un mundo por besar ahora mismo los de esa odalisca adorable.

—Señora, señora, que a su niño lo están violando en la cabina del teléfono. Acuda pronto, señora; acuda enseguida. Eso es un escándalo. Van a reventar la cabina.